

PROLOGO

Á LAS POESÍAS DEL GENERAL

ROS DE OLANO



I.

LA celebridad literaria de Ros de Olano no tiene conexión próxima ni remota con las circunstancias (muy merecidas, pero al cabo externas) de ser Teniente General de los Ejércitos Nacionales, Conde de la Almina, Marqués de Guad-el-Jelú, Grande de España de primera clase, Senador vitalicio y diferentes cosas más de aquéllas que á otros próceres han solido valer cómodo asiento en nuestro Parnaso, no bien hicieron algún mimo á las patrias Musas.— Por el contrario: la índole esencialmente política de este poeta, lo mismo durante la primera guerra civil, que después como fino conspirador palaciego, que en 1854, como definidor y alma de la Unión

Liberal, que en todo tiempo como adalid parlamentario de largo alcance, lo han sujetado á perpetua contradicción de los partidos, avaros siempre de justicia, y mucho más de gracia, con los llamados hombres públicos.

Debería, pues, asegurarse que Ros de Olano, el familiar amigo de las Reinas Doña María Cristina y Doña Isabel II, uno de los *doce hombres de corazón* rebelados luego en Vicálvaro; el Director general de Infantería, que aleccionó en el Pardo á aquellos Cazadores de Madrid, terribles gimnastas, vulgarmente llamados *Monos sabios*, que tales travesuras hicieron en la contrarrevolución de 1856; el que dió su apellido al famoso chacó denominado *ros*; el Segundo del General O'Donnell en la Guerra de África; el apoderado del Vencedor de Alcolea durante aquel tremendo 29 de Septiembre de 1868, en que los revolucionarios madrileños se sobrepusieron á toda autoridad que no fuese la de D. Juan Prim, goza hoy de envidiable gloria literaria, á pesar de cuanto ha sido y hecho en su larga y fe-

cunda existencia militar y política, y meramente como resultado de sus primitivas cualidades poéticas.

Comenzó la popularidad de nuestro autor allá en los grandes tiempos del romanticismo, cuando el celeberrimo Espronceda lo eligió para prologuista del *Diablo Mundo*. Súpose entonces que aquel Comandante de Infantería, procedente de la Guardia Real, y D. Miguel de los Santos Álvarez, autor ya del renombrado poemita *María* y de la novela ingeniosísima *La protección de un sastre*, eran predilectos hermanos intelectuales del insigne cantor de *Teresa*, creador de *El Estudiante de Salamanca*; y juntos han atravesado sus nombres más de medio siglo, como identificados quedan siempre en el amor de los sectarios el glorioso maestro que muere y los camaradas y apóstoles que le sobreviven...

De D. Miguel de los Santos Álvarez los lectores recordarán que, catorce ó quince años después de la muerte de Espronceda, publicó una sentida y admirable continuación del *Diablo Mundo*...—Ros

de Olano tributa aquí, asimismo, cariñoso homenaje al malogrado genio, en el soneto titulado *Recordando el entierro de Espronceda*, donde dice:

«¡Cayó sin dar un ¡ay! en la primera
y última desventura de su vida!
¡Ya no asusta el cometa sin medida
que se apagó en mitad de la carrera!
Y en este llanto que moja mi severa,
rugosa faz en la vejez sumida,
es ya la última lágrima exprimida
de una fuente de amor que amor no espera.

¡Poeta del pesar!... De la clemente
tumba que de los vivos te separa,
rompe la losa con tu férrea mano...

Canta el *himno á la muerte* que inspirara
á tu virtud el infortunio humano,
y escupe al vulgo hipócrita en la cara.»

No estará de más que analicemos ahora un poco la índole de los *románticos*, por lo que respecta á sus amistades y á su gloria.—Lo he dicho en otra parte: estos innovadores literarios pudieron, lo mismo en España que en Francia, Alemania, etc., desconocer al sumo Dios; pero divinizaron á sus criaturas, con particularidad á las mujeres y á sí propios, alargándose también á incluir á los seres inani-

mados de la naturaleza, como el sol, la luna, las estrellas, el mar, y hasta los arroyuelos, en esta especie de panteísmo. Únicamente exceptuaban de semejante idolatría á los tenaces *clásicos*, como hoy se niega el agua y el fuego á los idealistas (ó espiritualistas) por los naturalistas (ó materialistas) de última moda. Mas, ellos entre ellos, los tales *románticos* se ensalzaban mutuamente con tanto exceso, que cuando, al cabo de pocos años, se hizo la paz entre ambas escuelas, tuvieron que esconderse en la penumbra de algún destínillo de poca monta varios de aquellos melencólicos semidioses, avergonzados ya de su propia nombradía poética. Otros, en cambio, poseedores de verdadero genio, como el Duque de Rivas, García Gutiérrez, Pastor Díaz, Hartzenbusch, etc. (observad que únicamente citamos á los muertos, á fin de que no se ofenda tal ó cual presuntuoso vivo, á quien por acaso dejáramos de mencionar entre los patriarcas de nuestra literatura) continuaron mostrándose dignos de su fama, no controvertida á la presente ni

tan siquiera por los que en 1842 eran todavía *clásicos* empedernidos.

Ros de Olano pertenece al número de los poetas románticos que subsisten por derecho propio en el aprecio de las Musas y en la admiración del pueblo español. Tiene hoy setenta y ocho años, y aún su noble lira es regocijo de los que le piden sus últimos acordes, como lo ha sido en todo tiempo, en medio de las continuas transformaciones del gusto; lo cual procede á todas luces de que, sin entender el *naturalismo* de la manera desaliñada y cruda que ahora suele preconizarse, no figura tampoco entre aquellos bienaventurados que únicamente conocen la *naturaleza escrita*, y sólo han visto amanecer y anochecer en los libros, cazado (supongo que ratones) en las bibliotecas, tratado pastoras en Belén ó en la Arcadia, y olido rosas y claveles en salamanquinos madrigales.—Ros se inspira directamente en los campos, en los verjeles y en los montes, en las personas de carne y hueso, en las costumbres reales y efectivas, como activo soldado, per-

petuo cazador, hombre de mundo, General, Ministro, viajero, galanteador y demás cosas que ha sido durante su peregrinación por este valle de lágrimas... y de risas.

Fúndase también la constante actualidad y fama de nuestro característico poeta, en la índole personalísima de sus versos. ¡Siempre es él! ¡Siempre resulta original y espontánea su forma! Y, del propio modo que *siente* por sí mismo y se abstiene de palabrear sensaciones ajenas, hace continua gala de un abstruso y peculiar estilo, que no se confunde con ningún otro.—En cuanto al género de sus composiciones, diremos, sin embargo, que muchas veces ostentan el realismo popular y terrible del pincel de Goya; otras la sangrienta ironía de Enrique Heine, y en más de una ocasión obscuridades y extravagancias que recuerdan al misterioso *Greco*. Su lenguaje, por lo general tan arcáico como el de Mariana ó Mendoza, hállase también plagado de voluntarios neologismos. Pero, en el fondo de cuanto dice, hay constantemente

fantasía grandiosa, sensibilidad delicada y una melancolía acerba y huraña, que llega al tedio del misántropo y del escéptico. ¡Hasta cuando ríe, nada hay más triste que Ros de Olano! Él y cuantos personajes nos retrata, chorrean sangre bajo los trazos de su pluma... ¡Él, sobre todo, infunde misericordia y lástima, cuando muestra las úlceras de su corazón; pues entonces parece, y acaso es, ascética negación del amor propio y víctima propiciatoria de su infortunado amor á los demás!

Bien claro nos lo dice en su soneto de la pág. 49:

.....

¡Fatal amor!... El corazón sin freno
triunfó del Hado... ¡miserable fortuna!
¡La Náyade de límpida laguna
fué Venus libre y me abismé en su seno!
Luego la ví en el féretro tendida,
pavorosa beldad de carne inerte,
astro apagado en luctuosa esfera...

Y ¡ay del deseo! Me atedió en la vida...
y amé el dolor con que me hirió su muerte,
¡vuelto al afán de mi ilusión primera!

II.

Puestos á copiar versos del inspirado vate, desistimos ya de discurrir acerca de ellos, y vamos á limitarnos á comprobar y justificar con citas cuanto dejamos dicho en su elogio.

Hemos hablado de *estudio directo* de la naturaleza, y el mismo General Ros acude á confesarlo en su famosa *Gallo-magia*, cuando exclama humorísticamente:

Yo, para sacudir la pesadumbre
que el corazón del bueno despedaza,
trepé á caballo á la escarpada cumbre,
ó á pie en el monte fatigué la caza.
Ví nacer, ví morir del sol la lumbre,
solo en la soledad...; mas hoy rechaza
mi edad cansada fustigar caballos,
y para cazador me sobran callos.

De su constante amor al campo hablan también los cinco sonetos titulados *En la soledad*. Comienza el primero: